

LO CONTINUO

La mudanza del Régimen franquista en Monarquía liberal hizo honor al significado literal de la Reforma. No traspasó los límites del ámbito de las formalidades del poder. Mudó la cáscara amarga de su médula autoritaria, con la pericia requerida para que el cambio de camisa y de discurso no impidiera la continuidad del poder material que había dado forma a la dictadura. La Reforma constitucional de las Leyes fundamentales del Reino permitió la Transición de la Monarquía dictatorial a la Monarquía del Estado de Partidos. Una Transición hacia sí misma. Pues, aunque parezca un contrasentido gramatical, no siempre la transición es una acción transitiva hacia algo que trasciende al sujeto que la hace o padece. El paso de la niñez a la juventud, y la de ésta a la vejez, es un proceso de transición progresista de uno mismo hacia sí mismo. Y eso era precisamente lo que creía Ortega respecto al acto o proceso de pensar.

Mirada la Transición política desde el punto de vista de los sujetos del poder, y en concreto desde la perspectiva del Rey del partido de Fraga, nadie podrá negar que ha consistido en el paso de un estado de enfermiza inestabilidad a otro de saludable estabilidad. Salieron de la grave crisis del Régimen con una Reforma que les ha dado más poder y autoridad de los que tenían con Franco. La Transición permanece en ella misma. Esto no es un milagro, como se ha llegado a decir, sino resultado previsible de la «ley de lo continuo», formulada por Leibniz para toda la Naturaleza: «si las determinaciones esenciales de un ser se aproximan a las de otro, todas las propiedades del primero deben en consecuencia aproximarse asimismo a las del segundo». Aplicada al mundo político, esta ley explica la unión en la separación y la separación en la unión de dos sistemas sucesivos de poder. El hecho de que esos sistemas sean contradictorios no es obstáculo para que el segundo sea continuidad del primero. No ya en su mera existencia, sino en su propia esencia. Lo cual es posible porque lo continuo no es una propiedad del poder —siempre susceptible de ser roto por otro poder adverso o por el azar de la libertad—, sino un hábito común en los modos de entenderlo.

La contradicción entre la Monarquía dictatorial y la Monarquía liberal tenía que ser superada en una transición que pasara de la una a la otra, por la mediación de algo extraño a la primera (los partidos) y que permaneciera en la segunda. La mediación de los partidos clandestinos en el tránsito de una a otra Monarquía, no habría sido posible si no hubiera existido continuidad en el hábito de entender la política. Y esa continuidad en el modo de entender los límites de la libertad (inelegibilidad del Jefe del Estado, irrepresentabilidad de los electores, inseparabilidad de poderes estatales, incontrol del poder, consenso de



pensamiento único, razón de Estado) exigía el mismo modo de entenderlo en los partidos mediadores. La causa franquista de la primera Monarquía pasó a ser así, mediante los partidos, la causa neofranquista de la segunda. El motivo de que la realidad actual sea políticamente ininteligible, radica en la resistencia del pensamiento único a considerar «neofranquista» tanto la mediación realizada por los partidos ilegales, como su modo de entender la libertad política. Aunque sea único en afirmarlo, no por eso me alejo de la verdad. El principio de continuidad está relacionada, en Peirce, con los tres modos de existencia: azar, ley y hábito. La Reforma eliminó el azar de la libertad que comportaba la Ruptura. La ley, o sea, la Autoridad, otorgó las libertades dentro de los límites que el hábito franquista había impuesto en el modo de entenderlos. Estos hábitos no implicaban que el franquismo se repitiera, pero sí que continuara evolucionando y desarrollándose bajo una nueva forma monárquica. La neofranquista.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

ALIMENTOS DE ESPAÑA

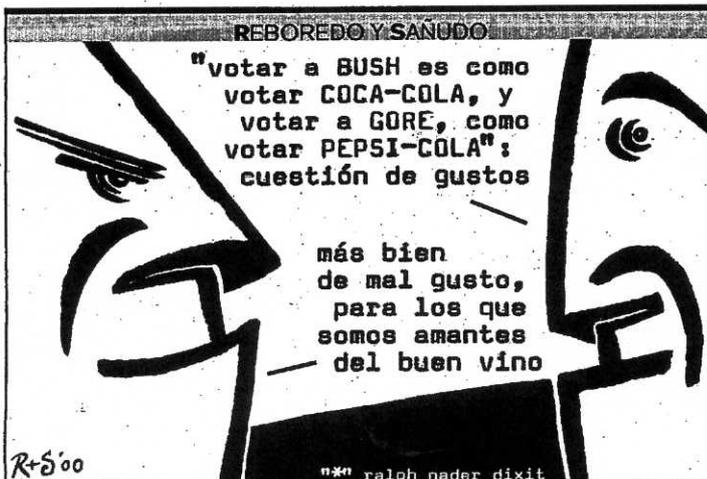
El nuevo gigante alimentario, nacido de la fusión de Ebro y Puleva, ha llegado al mundo con hambre. Tiene la boca abierta y no descansará hasta tragarse toda una serie de empresas que le permitan hacerse con un puesto de honor en la industria mundial de los alimentos.

No se trata, según el espía económico, de crecer sin ton ni son: la nueva empresa que dirige Fernández Nomiella quiere asentarse en el futuro y busca para ello ocupar un sector para el que sabe que no tendrá competencia fuera de nuestras fronteras. Hasta Juan Bravo llegan los rumores de que los tentáculos unidos de Ebro y Puleva se ext-

tienden hacia una bodega y una aceitera. Es decir, hacia dos productos netamente españoles de imposible fabricación por las potentes industrias alemana o americana. Y dice el espía que, en el caso del aceite, si triunfan en su empeño lograrán una doble victoria al pasar a la industria española una firma que hoy está en manos de capital italiano.

En esta misma línea estaría la compra de una marca de gaseosas, tan española como el vino o el aceite, de la que ya ha oído hablar el espía en el mundo económico.

Juan BRAVO



CREATIVIDAD Y REVOLUCIÓN

El «pensamiento único», marca de nuestros días, encuentra su complemento en la degradación de la imaginación, a cuya crisis me refería en mi anterior artículo. Es ésta por su propia naturaleza proliferante, enriquecedora, soñadora y avizoradora de lo nuevo. Características absolutamente contradictorias con el reinado de la uniformidad excluyente de alternativas, que se nos quiere imponer. También el pensamiento auténtico responde a los rasgos que acabo de atribuir a la fantasía. El filósofo de la ciencia Feyera-bend insistía en el «principio de proliferación» como un momento capital del método científico. Y la tan popularizada obra de Kuhn se vertebraba en torno al concepto de revolución aplicado a la ciencia. Y es que en realidad imaginación y pensamiento en lugar de representar potencias opuestas, viven en una profunda interacción, en una sinergia. Y ambos son esencialmente rebeldes, exploradores de nuevos mundos. Así la imaginación levantó utopías sociales, tecnológicas, urbanísticas. Y el pensamiento creador trató de darles forma racional, pasando de la «utopía abstracta», en los términos de Bloch, es decir del mero sueño, del ejercicio fantástico, a la posibilidad de su materialización, a la ver-



tebración de un proyecto transformador, a lo que el filósofo germano designa como «utopía concreta», que la práctica humana revolucionaria en tantos terrenos ha ido convirtiendo en realidad.

Son éstas evidencias históricas que no he-

mos de olvidar. Por más que quiera borrarse esta creatividad humana, para encerrarnos en el mundo dado, erigido en instancia suprema y última que no podemos trascender. Como recientemente ha escrito Andrés Sorel en estas mismas páginas. «Reflexión e imaginación ceden ante la uniformidad del pensamiento que tiende a la desaparición, casi extinción, del ser humano diferente, crítico». Y, sin embargo, el mundo en que vivimos es el producto de grandes revoluciones. La de los métodos, de las prácticas epistémicas, y de la misma concepción del saber que creó la ciencia moderna. Sometida a incasantes revoluciones internas, como aquella que en la primera mitad del siglo XX alumbró la nueva física, la que originó la cibernética, la que en nuestros días con los avances de la biología está abriendo horizontes impensados. Revoluciones del pensamiento que se han proyectado en revoluciones tecnológicas. Los sueños e intentos de Leonardo, las imaginaciones de Swift, de Julio Verne se han hecho carne de la realidad. ¿Cómo se puede pretender arrumar el concepto de utopía y relegarlo a las bibliotecas, cuando vivimos en plena utopía tecnológica? En un paisaje y en unas posibilidades vitales, apenas soñadas por las imaginaciones más fantásticas. ¿No sería su marco coherente la realización de la utopía social?

Evidentemente aquí surge el gran problema. Las conquistas tecnológicas, urbanísticas, aquellas que aumentan nuestros poderes y mejoran nuestra vida son acogidas, con entusiasmo por las clases dominantes que gobiernan el mundo. Y se apropian de tales conquistas, para convertirlas en armas de poder militar y económico. Con ello las posibilidades de desarrollo humano planetario se degradan, incluso adquieren un signo inverso. Pero, naturalmente, semejante apropiación no es posible, cuando se trata de revoluciones que tratan de realizar la utopía social liberadora y cuyo objetivo esencial reside en las transformaciones del poder. Entonces no hay más remedio que combatirlas.

La lucha es inevitable. Y será conducida en todos los terrenos, desde el militar con la directa invasión, hasta el económico con el aislamiento, el viejo sitio por hambre, y el de la propaganda ideológica y manipuladora hoy tan importante. Es el destino de todas las revoluciones. Tal ocurrió ya con la revolución francesa, hostigada en todos los frentes, hasta desembocar en una revolución burguesa que hubo de recorrer un largo camino hasta imponerse. Y ha sido el trágico destino de las revoluciones sociales en nuestro siglo con su actual eclipse. Que el pensamiento único pretende convertir en noche definitiva.

¿Por qué la pobreza imaginativa de nuestro mundo? ¿El limitado horizonte que alcanza la fantasía creadora del hombre medio de nuestra época?

Carlos PARÍS